

Documento conjunto de Abu Dabi 2019 De la utopía a la herejía

El 4 de febrero de 2019, el Papa Francisco firmaba un documento *«sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común»* con el Gran Imán de la Universidad Al-Azhar de El Cairo. Aunque en él se invoca el nombre de Dios, el de Jesucristo se omite totalmente. La Iglesia Católica quiere hacer causa común *«con los musulmanes de Oriente y Occidente»* para construir un mundo al servicio de la fraternidad humana y la paz universal. Una utopía que lleva a la ruina del catolicismo.

1º Un tufillo de Sillon.

El prólogo invita *«a todas las personas que llevan en el corazón la fe en Dios y la fe en la fraternidad humana a unirse y a trabajar juntas»*. Esta invitación a trabajar por el advenimiento de una fraternidad humana, *«protegiendo la creación y todo el universo y ayudando a todas las personas»*, es comparable al movimiento del Sillon de Marc Sangnier (1873-1950), que el Papa San Pío X condenó en 1910.

Se trataba entonces de una vasta utopía en la que, bajo las pomposas palabras de *«dignidad humana, libertad, justicia y fraternidad»*, los innovadores modernistas liderados por Sangnier pretendían *renovar* la Iglesia y construir una nueva humanidad. Para ello postulaban el nacimiento de un nuevo mundo en el que una fraternidad mal comprendida, basada en una vaga y falsa noción de la dignidad humana, reemplazaría a la verdadera caridad basada en la fe. El Papa San Pío X veía en él la ruina del catolicismo:

«Más extrañas todavía, tremendas y dolorosas a la vez, son la audacia y la ligereza de espíritu de los hombres que se llaman católicos, que sueñan con volver a fundar la sociedad en tales condiciones y con establecer sobre la tierra, por encima de la Iglesia católica, “el reino de la justicia y del amor”, con obreros venidos de todas partes, de todas las religiones o sin religión, con o sin creencias, con tal que olviden lo que les divide: sus convicciones filosóficas y religiosas, y que pongan en común lo que les une: un generoso idealismo y fuerzas morales tomadas “donde les sea posible”.

Cuando se piensa en todo lo que ha sido necesario de fuerzas, de ciencia y de virtudes sobrenaturales para establecer la ciudad cristiana, y los sufrimientos de millones de

mártires, y las luces de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, y la abnegación de todos los héroes de la caridad, y una poderosa jerarquía nacida del cielo, y los ríos de gracia divina y todo lo edificado, unido y compenetrado por la Vida y el Espíritu de Jesucristo, Sabiduría de Dios, Verbo hecho hombre; cuando se piensa, decimos, en todo esto, queda uno admirado de ver a los nuevos apóstoles esforzarse por mejorarlo con la puesta en común de un vago idealismo y de las virtudes cívicas.

¿Qué van a producir? ¿Qué es lo que puede salir de esta colaboración? Una construcción puramente verbal y quimérica, en la que veremos reflejarse desordenadamente y en seductora confusión las palabras de libertad, justicia, amor y fraternidad, igualdad y exaltación humana, todo basado sobre una dignidad humana mal entendida. Será una agitación tumultuosa, estéril para el fin pretendido, y que aprovechará a los agitadores de las masas menos utopistas. Sí, verdaderamente se puede afirmar que "Le Sillon" se ha hecho compañero de viaje del socialismo, puesta la mirada sobre una quimera» (Encíclica NOTRE CHARGE APOSTOLIQUE, del 25 de agosto de 1910).

Es doloroso constatar que el Papa Francisco sigue resueltamente el surco de los herederos de Marc Sangnier, fundador del Sillon. A partir de ahora ya es «*en nombre de Dios*», «*en nombre del alma humana*», «*en nombre de los pobres*», «*en nombre de los pueblos*», «*en nombre de la fraternidad*», «*en nombre de la libertad*», «*en nombre de la justicia y la misericordia*», como católicos y musulmanes deben comprometerse a través del diálogo a «*difundir la cultura de la tolerancia, la convivencia y la paz*».

2º Papel de las religiones en la construcción de la paz mundial: herejía y blasfemia.

El Documento firmado por el Papa cae en el relativismo doctrinal y el indiferentismo religioso. De hecho, para promover «*los valores de la paz*» y la fraternidad humana, el conocimiento mutuo y la convivencia común, «*la sabiduría, la justicia y la caridad*», «*el sentido de la religiosidad*», etc., el Documento presenta a las diversas y variadas religiones como queridas por Dios. Ya no hay, contrariamente a lo que enseña San Pablo, «*un solo Señor, una sola Fe, un solo Bautismo*» (Ef. 4 5), sino una gran multitud de *credos*, con lo que la fe verdadera se ve reducida al mismo rango de las creencias inventadas por los hombres y los demonios. Estas son las palabras exactas de la Declaración:

«El pluralismo y la diversidad de religión, color, sexo, raza y lengua, son expresión de una sabia voluntad divina, con la que Dios creó a los seres humanos.»

La afirmación es falsa –más que eso, es una herejía–, y la atribución a la Sabiduría divina es una blasfemia.

El Hijo de Dios dijo claramente: «*Yo soy la puerta. Si alguno entra por Mí, se salvará*» (Jn. 10 9); y también: «*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre sino por Mí*» (Jn. 14 6). Silenciar la verdad salvífica afirmando que «*el pluralismo y la diversidad de religión... son expresión de una sabia voluntad*

divina», es naufragar en la confesión de la verdadera fe y carecer de caridad hacia los descarriados, los infieles o los incrédulos. «¿*Qué acuerdo hay entre Cristo y Belial? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel?*», preguntaba ya el Apóstol San Pablo (II Cor. 6 15).

Basándose en un principio tan falso, el Vicario de Cristo desarrolla en consecuencia las libertades individuales que se encuentran tanto en la Declaración de los Derechos del Hombre como en la Declaración Conciliar sobre la libertad religiosa: libertad de creencia, de pensamiento, de expresión y de acción, para cualquier persona o grupo religioso (cf. *Dignitatis humanae*, 7 de diciembre de 1965). Es el programa de la Masonería.

3º Hacia una paz mundial.

La Declaración conjunta católico-musulmana prosigue solicitando «*la protección de los lugares de culto –templos, iglesias y mezquitas–*», e insistiendo en la condena del terrorismo, al que se acusa de instrumentalizar la religión. ¿Será una forma de descargar de responsabilidad al Islam opresor y conquistador, cuya *jihad* sigue siendo un deber estricto para la comunidad de creyentes? Es lícito pensarlo, ya que el texto evoca vagamente «*las interpretaciones equivocadas de los textos religiosos*», al igual que «*las políticas de hambre, pobreza, injusticia, opresión, arrogancia*»... (sic).

Finalmente, el Documento recomienda «*establecer en nuestra sociedad el concepto de plena ciudadanía, y renunciar al uso discriminatorio de la palabra “minorías”, que trae consigo las semillas de sentirse aislado e inferior*». ¿No es eso un caso de *neolengua*, al servicio del nuevo mundo y de la integración de las poblaciones musulmanas?

El texto quedaría incompleto sin un llamamiento a reconocer «*el derecho de las mujeres a la educación, al trabajo y al ejercicio de sus derechos políticos*», la defensa de los derechos fundamentales de los niños, las personas mayores, los débiles, los discapacitados, los oprimidos, etc.

La Declaración finaliza con el firme compromiso de la Iglesia Católica y la Universidad Al-Azhar de cooperar en la difusión de este Documento, promoviendo su aplicación en los campos político, legislativo, académico, educativo, etc. Por último, lanza numerosos llamamientos a la fraternidad y a la toma de conciencia «*para la paz mundial*».

4º No hay verdadera fraternidad sin la caridad católica.

Para comprender cuán perjudicial es esta Declaración para el verdadero espíritu católico y para la verdadera fe en el Dios verdadero, basta leer a San Pío X. En su ya citada Encíclica *Notre Charge Apostolique*, del 25 de agosto de 1910, explicaba lo que abarca esta

«noción de la fraternidad, cuya base colocan en el amor de los intereses comunes, o, por encima de todas las filosofías y religiones, en la simple noción de humanidad, englobando así en un mismo amor y en una igual tolerancia a todos los hombres con todas sus miserias, tanto intelectuales y morales como físicas y temporales.

Ahora bien, la doctrina católica nos enseña que el primer deber de la caridad no está en la tolerancia de las opiniones erróneas, por muy sinceras que sean, ni en la indiferencia teórica o práctica ante el error o el vicio en que vemos caídos a nuestros hermanos, sino en el celo por su mejoramiento intelectual y moral no menos que en el celo por su bienestar material. Esta misma doctrina católica nos enseña también que la fuente del amor al prójimo se halla en el amor de Dios, Padre común y fin común de toda la familia humana, y en el amor de Jesucristo, cuyos miembros somos, hasta el punto de que aliviar a un desgraciado es hacer un bien al mismo Jesucristo. **Todo otro amor es ilusión o sentimiento estéril y pasajero.** Ciertamente, la experiencia humana está ahí, en las sociedades paganas o laicas de todos los tiempos, para probar que, en determinadas ocasiones, la consideración de los intereses comunes o de la semejanza de naturaleza pesa muy poco ante las pasiones y las codicias del corazón.

No, Venerables Hermanos, no hay verdadera fraternidad fuera de la caridad cristiana, que por amor a Dios y a su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, abraza a todos los hombres, para ayudarlos a todos y para llevarlos a todos a la misma fe ya la misma felicidad del cielo. **Al separar la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, lejos de ser un progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización.** Porque, si se quiere llegar –y Nos lo deseamos con toda nuestra alma– a la mayor suma de bienestar posible para la sociedad y para cada uno de sus miembros por medio de la fraternidad, o, como también se dice, por medio de la solidaridad universal, es necesaria la unión de los espíritus en la verdad, la unión de las voluntades en la moral, la unión de los corazones en el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. Esta unión no es realizable más que por medio de la caridad católica, la cual es, por consiguiente, la única que puede conducir a los pueblos en la marcha del progreso hacia el ideal de la civilización».

Por haber olvidado estas enseñanzas, los Papas actuales persiguen una quimera y le dan una mano a la gran corriente de apostasía, indiferentismo y confusión que hoy recorre el mundo. El origen de esta desviación se encuentra en el Concilio Vaticano II y en su *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*:

«Al proclamar el Concilio la altísima vocación del hombre y la divina semilla que en éste se oculta, ofrece al género humano **la sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal que responda a esa vocación**» (*Gaudium et Spes*, nº 3).

Adoptando los nuevos valores liberales del mundo contemporáneo, la Iglesia –o mejor dicho, los hombres de Iglesia– ha vuelto a establecer la ideología del Sillon y su utopía, que San Pío X, Papa de fe, había condenado. En esto se cifra toda la crisis actual de la Iglesia.